

Alves & C.^a



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2021

Título original: *Alves & C.*, 1925

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodocordelia.es

  @reinodocordelia.es  facebook.com/reinodocordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5^o pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción: © Juan Lázaro, 2006

Ilustración de sobrecubierta: Detalle de *Praia das Maças* (1918), de José Malhoa

Ilustración de cubierta: Detalle de *O Grupo do Leão*, (1885), de Columbano Bordalo Pinheiro

IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-36-2

Depósito legal: M-3530-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Alves & C.^a

José Maria Eça de Queirós

Traducción de Juan Lázaro



Índice

<i>Nota del traductor</i>	9
<i>Nota previa</i>	11
I	19
II	31
III	41
IV	51
V	63
VI	73
VII	87
VIII	101
IX	113
<i>Posfacio</i>	129



NOTA DEL TRADUCTOR

HE OPTADO por conservar en el texto solo aquellas palabras francesas usadas por el autor que me parecen realmente significativas. Y en las que he conservado, tampoco he querido abusar de la paciencia del lector con notas a pie de página que indiquen que dichas palabras aparecen en francés en el original.

Nota previa

ESTE ES EL CUARTO volumen de la nueva serie de inéditos que, lentamente, pacientemente, he venido organizando desde hace cerca de dos años, y que de un tiempo a esta parte estoy sacando tumultuosamente a la luz.

Y en cada volumen que surge, ahí estoy yo, locuaz y alborozado, historiando, explicando, presentando y justificando la nueva publicación.

Hoy, sin embargo, en el momento de poner en manos de los lectores y de la crítica este cuarto volumen, reconozco desconsoladamente que no tengo nada que decir: *Alves & C.^a* no tiene historia. *Alves & C.^a* no puede explicarse. No se sabe de dónde vino, ni de cuándo data. Ni siquiera se sabe el título que le tenía destinado el autor a la novela. *Alves & C.^a* es anónima y desconocida. El autor nunca se refirió a ella en una carta, o en una conversación, o en un artículo; nunca la ofreció a un editor; ¡nunca la mencionó siquiera!

¿Qué podía decir yo, pues, cumpliendo con mi nueva función de «hacedor de prólogos»? ¿Solo aquello que sabía? ¡Era bien poco!

Así, reduciendo la habitual y pomposa «Introducción» a las proporciones más modestas de una «Nota», decidí limitarme a la necesaria presentación del pequeño volumen reeditando aquí, para aquellos que no lo hayan leído, lo que se dijo en el estudio que precede a *La capital*.

Alves & C.^a apareció una tarde, a comienzos de 1924, en el ya célebre baúl, donde dormían hacía más de un cuarto de siglo los originales inéditos de mi padre. Eran ciento quince hojas sueltas, sin título ni mención de fecha, cubiertas por una letra como siempre vertiginosa, y, como siempre, sin un retoque, sin una corrección. Por el formato del papel, por la letra, por la poca extensión, por el asunto sobre todo, me incliné primero por que el manuscrito formara parte del largo plan inicial de las *Escenas de la vida portuguesa*, lo que fechaba la novela entre 1877 y 1889. No obstante, esto era solo una suposición.

Es cierto que de los doce títulos destinados a los doce estudios sociales —o simplemente humanos— que debían formar las *Escenas de la vida portuguesa*, ninguno puede aplicarse razonablemente a *Alves & C.^a*

Por otro lado, ciertas características de la novela hacían legítima mi suposición. Mi padre, en una carta a Chardron, ya citada en la «Introducción» a *La capital*, trazaba los rasgos esenciales de la futura obra, de la que hablaba como de una «colección de novelas breves, sin exceder de 180 a 200 páginas, que fuese una pintura de la vida contemporánea en Portugal: Lisboa, Oporto, provincias, políticos, “negociantes”,

hidalgos, abogados, médicos, todas las clases, todas las costumbres entrarían en esta galería». Y más adelante añadía: «El encanto de estas novelas está en que no hay digresiones, ni declamación, ni filosofía: todo es interés y drama, contado rápidamente». Son estos, en efecto, los rasgos que caracterizan a *Alves & C.^a*, que de hecho es un breve estudio social de 200 páginas, una pintura de la pequeña burguesía comercial de Lisboa, una novela corta en la que «no hay digresiones ni declamación», y en la que «todo es interés y drama, contado rápidamente».

Sin embargo, más tarde descubrí en otra carta, dirigida a Luís de Magalhães, una frase que me dejó perplejo. Luís de Magalhães, entonces subdirector de la *Revista de Portugal*, pedía para la revista una novela de mi padre; a esto mi padre respondía: «Respecto a la novela, no sabe usted cuántas ganas tengo de trabajar. No tengo nada terminado en la gaveta, salvo un pequeño estudio, que por su naturaleza “cruda” no le conviene a la revista». La carta estaba fechada en París en 1891.

¿Sería ese estudio de «naturaleza un poco cruda» y que mi padre no quería ver publicado en la *Revista de Portugal* la pequeña novela tan finamente irónica, el drama banal que durante un tiempo agita tan grotescamente las vidas secundarias del bueno de Alves y de su amigo? ¿Se refería realmente la carta al manuscrito que hoy nos ocupa? Es muy posible, tanto más cuanto que de aquel estudio «de naturaleza un poco cruda» nunca más oímos hablar, ni aparece ningún otro que de lejos o de cerca pueda corresponderse con esa descripción. Por eso, ciertamente, como no le convenía a la revista, el pequeño

estudio volvió a sumergirse en la gaveta, donde vemos que ya desde entonces aguardaba resignadamente. Por lo demás, esto tampoco pasa de ser otra suposición.

Pero ¿para qué acumular hipótesis que nunca nadie podrá verificar, o argumentos que son meramente conjeturales?

Solo hay, en fin, dos puntos en la historia confusa de este manuscrito que se pueden aseverar con seguridad y precisión: que mi padre lo escribió y que yo lo publiqué.

El primero de esos puntos no comporta discusión alguna. Es un hecho, tiene la indestructibilidad de un monumento de la remota antigüedad egipcia.

En cuanto al segundo, ¿para qué reunir aquí comentarios que lo justifiquen? *Alves & C.^a* inicia hoy su andadura: de mi mano entra en el fragor de las publicaciones y afronta la sentencia de la Crítica. Obra de primer impulso, lanzada al papel en una improvisación magistral, sufre ciertamente de las deficiencias de una revisión de lego, y a pesar de todo pongo confiadamente el librito en manos del público, seguro de que la justeza de sus tipos, su intenso sabor lisboeta, la gracia de sus diálogos, el equilibrio de su composición, la ironía de las situaciones, en una palabra, el arte consumado que el manuscrito revela, son la garantía más segura de su éxito y la mejor justificación de la divulgación que hoy le doy.

JOSÉ MARIA D'EÇA DE QUEIRÓS
Granja, 1925

Alves & C.^a



PLANTA DE LISBOA

COM TODOS OS MELHORAMENTOS FEITOS E PROJECTADOS NA CIDADE

Escala $\frac{1}{75000}$

Coordenada e desenhada
por
JOSÉ VICENTE DE FREITAS

Capitão de Infantaria

— autorizador —

Convenções

Cidade de acordo de 1862
Projeto de melhoramentos
Proposta de regular





La ciudad de
Alves & C.^a
hacia 1900

I

AQUELLA MAÑANA, Godofredo da Conceição Alves, sofocado, resoplando por haber venido desde el Terreiro do Paço casi a la carrera, abría la puerta de bayetón verde de su despacho, en la Rua dos Douradores, cuando el reloj de pared, encima del pupitre del contable, daba las dos, con aquel tono hueco al que los techos bajos conferían una sonoridad doliente y triste. Godofredo se paró, comprobó su propio reloj, sujeto por una cadena al chaleco blanco, y no contuvo un gesto de irritación viendo su mañana perdida entre los negociados del Ministerio de la Marina. Ocurría siempre igual cuando su negocio de exportaciones para ultramar le llevaba allí. A pesar de tener un primo director general, de deslizar de vez en cuando alguna moneda en las manos de los ujieres, de haber descontado letras a favor de dos oficiales de segunda, siempre acontecían las mismas esperas somnolientas aguardando por el ministro, un papeleo eterno, dudas, demoras, todo un trabajo irregular, chirriante y descoyuntado como de vieja máquina medio escacharrada.

—Siempre la misma pachorra —exclamó él, posando el sombrero sobre la mesa del contable—. Dan ganas de azuzarlos como a los bueyes: ¡Arre, Ruço! ¡Arre, Malhado! ¡Pa'lante!...

El contable, un muchacho un tanto amarillento, de aspecto enfermizo, sonrió. Esparció el secante sobre la extensa hoja que acababa de escribir y dijo, sacudiéndola:

—El señor Machado le dejó una nota dentro. Dijo que iba a Lumiar.

Godofredo, que se secaba la frente con un pañuelo de seda, escondió una sonrisa tras él y se puso a examinar la correspondencia mientras el contable continuaba espolvoreando el secante.

Un carro, fuera, atronó por un instante la calle estrecha con el traqueteo de los herrajes. Después todo volvió a quedar en un silencio pesado.

Un empleado, agachado delante de una caja, escribía un nombre en la tapa. La pluma de ganso del contable rechinaba; en lo alto, se oía el fuerte tictac del reloj, y con el enorme calor de aquel día y los techos bajos sofocantes, llegaba de las cajas, de los fardos, de los papeles polvorientos, un ligero olor a rancio y a mercadería.

—El señor Machado estaba ayer en el teatro Dona Maria —murmuró el contable sin dejar de escribir.

Alves dejó la carta que leía, interesado, mirando vivamente:

—¿Qué daban ayer?

—*El trapero de París.*

—¿Qué tal?

El contable levantó los ojos de la carta para responder:

—A mí me gustó mucho Teodorico...

Alves esperó aún algún detalle más, alguna apreciación; pero el contable volvió a coger la pluma y continuó con su lectura. Durante unos instantes, el trabajo del empleado, inclinado, le interesó: seguía el plumín, admirando las curvas de las letras.

—¡Ponga una tilde, hombre! «Fabián» lleva tilde...

Y como el muchacho se atropellaba, él mismo se inclinó, cogió la pluma y puso la tilde a «Fabián».

Dio algunas indicaciones al contable acerca de una remesa de bayetón rojo para Luanda y, empujando otra puerta verde, bajó dos escalones —porque en aquel piso el suelo estaba a diferentes niveles— y ya en su despacho por fin pudo desabrocharse el chaleco y estirarse en su poltrona de seda verde.

Fuera, aquel día de julio abrasaba, refulgía en las piedras de los paseos. Pero allí, en aquel despacho donde nunca daba el sol, a la sombra de los altos edificios de enfrente, había un frescor que las persianas verdes, bajadas, envolvían en una penumbra reposada; y el barniz de las dos mesas —la suya y la del socio—, la alfombra que cubría el suelo, la seda verde bien cepillada de las sillas, una moldura dorada que enmarcaba una vista de Luanda, la blancura lustrosa de un gran mapa en la pared, daban la impresión de aseo y de orden, que aportaban al despacho un reposo, una frescura mayor. Había también un ramo de flores que su mujer, la buena de Lulú, le había mandado la víspera, compadecida de saberlo, en aquellas mañanas

de bochorno, con la calorina del despacho y sin el color vivo de una flor que le alegrase los ojos. Había puesto el ramo sobre la mesa de Machado; pero sin agua, las flores se marchitaban.

La puerta verde se abrió y el contable asomó la cara amarillenta y enfermiza:

—¿Dejó el señor Machado alguna indicación respecto al vino de Colares para Cabo Verde? —preguntó.

Solo entonces Alves pensó en la carta del socio que estaba sobre el escritorio. La abrió. Las dos primeras líneas explicaban la ida a Lumiar; después, en efecto, comenzaba: «Respecto al Colares...».

Alves dio la carta al contable, y cuando la puerta se cerró de nuevo, se le puso otra vez la misma sonrisa disfrazada. Desde primeros de mes, era la cuarta o quinta vez que Machado desaparecía así del despacho, bien para ir a Lumiar a ver a su madre, bien para ir al otro lado del río a visitar a un amigo tísico, o como en esta ocasión, sin más explicaciones, con esa palabra tan vaga: «Un asuntillo». Y Alves sonreía. Empezaba a desconfiar de aquel «asuntillo».

Machado tenía veintiséis años y era un joven apuesto. Con su bigotito rubio, el pelo rizado y cierto aire elegante, gustaba a las mujeres. Desde que eran socios, Alves le había conocido tres relaciones: una española que, apasionada por él, había dejado a un brasileño rico, un antiguo cacique de provincias que le había puesto casa; después una actriz del Dona Maria, que no tenía más que unos bonitos ojos; ¡ahora aquel «asuntillo»! Pero estos nuevos amores seguramente eran más delicados, ocupaban un

lugar mayor en el corazón y en la vida de Machado. Godofredo lo presentaba, por cierto aire inquieto y preocupado del socio, como algo contrariado, triste a veces... Por lo demás, Machado nunca le había contado sus aventuras, jamás le había mostrado la menor efusividad, una confianza... Eran íntimos. Machado pasaba muchas noches en su casa, trataba a Lulú casi como a una hermana, comía allí todos los domingos. Por haber entrado en la firma comercial hacía poco o por ser diez años más joven o porque Alves fue amigo de su padre y uno de sus testaferros, o incluso tal vez por estar casado, Machado mantenía hacia él cierta reserva, un ligero respeto, y nunca se había establecido una verdadera camaradería entre ellos. Por eso Alves tampoco le interrogaba. El «asuntillo» no pertenecía a los intereses de la firma, él nada tenía que ver con aquello.

A pesar de aquellas repetidas ausencias, Machado continuaba siendo muy trabajador, atado a la mesa diez y doce horas los días de flete, activo, sagaz, desviviéndose por el bien de la compañía; y Alves no podía dejar de confesar que, si en la firma él representaba la buena conducta, la honestidad, la vida regular, la seriedad de costumbres, Machado representaba la astucia comercial, la energía, la decisión, las grandes ideas, el olfato en los negocios.

Él, Godofredo, había sido siempre de naturaleza indolente, como su padre, quien, por gusto, se hacía llevar de una habitación a otra en silla de ruedas.

Por lo demás, a pesar de sus principios severos de chico educado en los jesuitas, lleno de buenos sentimientos y que nunca antes de casado había tenido ni una aventura

ni unos amores irregulares, sentía por estas «ligerezas» de Machado una vaga y simpática indulgencia. En primer lugar, conocía a Machado desde pequeño, cuando era un hermoso querubín; después nunca dejó de impresionarle la buena familia del socio, su tío el vizconde de Vilar, sus relaciones sociales, las atenciones que le dispensaba doña Maria Forbes, que lo invitaba a sus jueves, pese a ser un hombre de negocios. Admiraba en él las buenas maneras y la elegancia exquisita; le impresionaba aquel aspecto, aquella distinción de Machado. Pero aún había otra razón, una razón de temperamento, para que él no dejase de simpatizar vagamente, a su pesar, con las aventuras amorosas de Machado. Y es que, en el fondo, aquel hombre de treinta y siete años, un poco calvo ya, de poblado bigote negro, era todavía, pese a las preocupaciones del negocio, algo romántico. Lo había heredado de su madre, una señora flaca que tocaba el arpa y se pasaba la vida leyendo versos. Fue ella quien le puso aquel nombre ridículo de Godofredo. Más tarde, todo ese sentimentalismo que durante largos años se había volcado en la literatura, en los claros de luna, en los amores novelescos, se volvió hacia Dios, en un principio de monomanía religiosa. La lectora de Lamartine se convirtió en una devota maniaca del Cristo de los Pasos, y sus últimos días fueron un largo terror al infierno. Él había heredado algo de las tendencias de su madre. De joven había sentido toda suerte de entusiasmos fluctuantes, que iban desde los versos de Garrett al Corazón de Jesús. Tras pasar unas fiebres tifoideas, se calmó; y cuando llegó el momento de hacerse cargo del negocio de exportaciones de su tío, era un hombre práctico, que veía la vida por su

lado serio y material. Con todo, le había quedado en el alma un fondo de sentimentalismo romántico que se resistía a morir; así, le gustaban el teatro, los dramones, los incidentes violentos. Leía muchas novelas; las grandes acciones, las grandes pasiones lo exaltaban, y a veces se sentía capaz de algún heroísmo o alguna tragedia. Pero todo esto era muy vago, casi inconsciente, que se movía sordamente en el fondo del corazón; y si las pasiones románticas le interesaban, con toda seguridad nunca había pensado en probar sus mieles o sus amarguras. No, él era un hombre casto que amaba a su Lulú; solamente le gustaba verlas en el teatro o en los libros. Y ahora la novela que presentía allí, a su lado, en el despacho, le interesaba. Era como si los fardos, el papeleo, se espiritualizasen con aquel ligero perfume de aventura que emanaba de Machado...

De nuevo la puerta verde se abrió y la cara amarillenta del contable apareció por ella. Venía a devolver la carta del señor Machado, y antes de retirarse, con la puerta entreabierta, le recordó:

—Hoy es la reunión general de la Transtagana.

Alves se quedó sorprendido:

—Entonces... ¿Hoy es nueve?

—Sí, hoy es nueve.

De hecho, sabía perfectamente que era día nueve, pero la idea de la reunión anual de la Transtagana le había traído bruscamente el recuerdo de su aniversario de bodas. Durante los dos primeros años había sido un día de fiesta íntima, con una bonita cena a la que asistía la familia, y un pequeño baile por la noche al son de un sencillo piano. Después, el tercer aniversario coincidió con los primeros

días de luto por su suegra, cuando en casa, aún triste, Lulú lloraba por los pasillos. Y ahora este día de fiesta se deslizaba, casi había pasado, y ni uno ni otro habían pensado siquiera en ello. Lulú no se había acordado, seguro. Al irse él por la mañana, ella estaba pintándose frente al espejo, ya en pie, y no le había dicho nada. Era una pena que aquel bonito día terminase así, sin que se abriese una botella de oporto, sin al menos unas buenas natillas de postre. Además, debía haber invitado al suegro y a la cuñada, aunque últimamente sus relaciones se hubiesen enfriado y hubiera habido un alejamiento por culpa de una criada nueva que se había hecho todopoderosa en casa del viudo.

Pero en fin, en una fecha como aquella, festiva, de aniversario, esas cosas se olvidaban, el sentimiento familiar predominaba. Y decidió entonces correr a la Rua de S. Bento, recordarle a Lulú aquella gran fecha y mandar un aviso al suegro, que vivía en Santa Isabel. Eran casi las tres, la correspondencia estaba firmada, no había más que hacerese ese día, en aquella especie de sosiego que siempre seguía a las prisas de los días de flete. Y tomando el sombrero, regocijado por el medio día de asueto, se alegró con la idea de ir a sorprender con un buen abrazo a su querida Lulú. Solo le contrariaba una cosa: que Machado estuviese en Lumiar y no pudiese cenar con ellos.

—¿Volverá? —preguntó el contable al verlo con el sombrero puesto.

Godofredo pensó por un momento en invitarlo, pero temió que Machado se ofendiese, viendo que su lugar en la mesa se ocupaba tan fácilmente.

—No volveré. Si acaso apareciese el señor Machado, no lo creo, pero en fin, si apareciese, dígame que lo esperamos en casa a las seis... como habíamos quedado.

Al bajar la escalera, se sentía tan contento como si se hubiera casado el día anterior. Con aquel calor, tenía unas ganas enormes de entrar en casa, ponerse su chaqueta de lino, meter los pies en las chinelas y quedarse allí esperando la cena, gozando en su interior con los movimientos y la presencia de su hermosa Lulú. Y con esa ola de felicidad que lo invadía, tuvo la brillante idea de llevarle un regalo. Pensó en un abanico, pero al cabo se decidió por una pulsera que había visto días atrás en el escaparate de una joyería: una serpiente de oro, con dos ojos de rubíes, mordiéndose la cola. Y ese regalo tenía un significado: simbolizaba la eterna sucesión, la vuelta regular de los días felices, algo que siempre está girando en un círculo de oro.

Únicamente temía que la joya fuese cara. Pero no: solo cinco libras; y como, mientras él la examinaba, el joyero le aseguró que un día antes había vendido una igual a la señora marquesa de Lima, no lo dudó más y pagó en seguida. Y aún no había dado dos pasos en la calle cuando se paró bajo una sombra, abrió de nuevo el estuche y le dio otro vistazo; tan contento estaba él con su compra. Y se enterneció, como le ocurre siempre a quien ofrece un regalo: como una pequeña puerta abierta en el egoísmo y en la avaricia natural del hombre a través de la cual irrumpiese la onda expansiva de la generosidad latente. En ese momento, Godofredo deseó ser rico y poder ofrecer a Lulú un magnífico collar de brillantes. Estaban casados

hacía cuatro años, y nunca había habido ni una nube entre ellos.

Desde que la vio una tarde en Pedrouços, la adoraba. Sin embargo, podía confesarlo ahora, al principio le tuvo miedo. La juzgó imperiosa, orgullosa, exigente, seca. Todo ello a causa de su espléndida estatura, de sus grandes ojos negros, del porte erguido, del pelo rizado y ondulado... Pero al final, dentro de aquel cuerpo magnífico de reina bárbara, encontró un corazón de chiquilla. Era buena, era caritativa, era alegre, y su temperamento discurría uniforme y apacible como la superficie transparente de un río en una tarde de verano.

Solo durante un tiempo —hacía cosa de cuatro meses—, ella había mostrado cierta aspereza, un poco de melancolía, una pizca de nervios; incluso él supuso que... Pero no, no era eso, desgraciadamente. Solo eran nervios, y habían pasado; se produjo una reacción, y nunca como en los últimos tiempos había sido tan tierna, tan alegre, llenándolo de tanta felicidad...

Y todo esto le bailaba alegremente alrededor del corazón mientras subía con la calorina, bajo su quitasol, la Rua Nova do Carmo. En lo alto de la calle, en el restaurante Mata, hizo una parada para encargarse de una empanada de atún para las seis. Compró además fiambre y un queso de la sierra, y miraba a su alrededor para ver qué más podía llevar, con la alegría y la avidez de un pájaro que provee su nido. Subió por el Chiado. Se detuvo un momento para contemplar respetuosamente a un gran hombre, un gran poeta y gran historiador, que en ese instante, ataviado con una vieja chaqueta de alpaca y sombrero de paja, conver-

saba a la puerta de la librería Bertrand, con su enorme pañuelo floreado preparado para sonarse. Godofredo admiraba sus novelas y su estilo. Luego compró unos puros para su suegro, para después de la cena. Descendió, finalmente, por la Calçada do Correio, que centelleaba bajo el sol, polvoriento y seco. A pesar del calor, caminaba de prisa, palpando de vez en cuando el estuche de la pulsera, que había metido en el bolsillo de la chaqueta.

Había llegado a la Rua de S. Bento, a media docena de pasos de su casa, cuando, en la pastelería, vio a su criada Margarita esperando en el mostrador. Comprendió que Lulú no se había olvidado del día, de la fecha feliz: Margarita había ido a comprar dulces, postres.

En dos zancadas, entró en su portal. Era una casa de dos pisos, pintada de azul, comprimida entre dos grandes edificios sórdidos. Él ocupaba el primer piso, y pese a que no se trataba con los vecinos de arriba, gente alborotadora y ordinaria, y disgustarle que ellos se beneficiaran del lujo de la entrada, había mandado últimamente, a petición de Lulú, alfombrar la escalera. Y no se arrepentía; siempre era un placer renovado el que, al entrar en casa, sentía bajo los pies con aquella alfombra que se desenrollaba por los escalones, y que le transmitía una sensación de sólido bienestar. Aquella alfombra le inspiraba una mayor consideración hacia sí mismo. Margarita, que había salido apenas un instante, había dejado la cancela abierta; un profundo silencio reinaba dentro de la casa; todo parecía adormecido bajo el bochorno del día. Una luz fuerte caía por la claraboya y el cordón de la campanilla, con su borla escarlata, pendía inmóvil.

Se le ocurrió entonces una idea absurda propia de un novio juguetero: ir de puntillas hasta el cuarto y sorprender a Lulú, que habitualmente a esa hora solía vestirse para la cena. Y sonreía ya ante el gritito que ella iba a dar, quizá en enaguas, con sus bellos brazos desnudos... La primera estancia era el comedor, que se comunicaba, a través de dos puertas con gruesos cortinajes, con el tocador de ella y con la sala de visitas. Entró. En la esterilla del suelo, sus zapatos de verano, de suela fina, no hacían el menor ruido. Las habitaciones parecían deshabitadas, en tan completo silencio que se sentía el rumor de la fritura en la cocina, y se oían en el balcón los saltitos del canario en su jaula. Se dirigió hacia la puerta del tocador, y sonriendo, iba a abrirla para asustarla, cuando de la sala de visitas, a través del cortinaje medio corrido, le llegó un rumor ligero, indeterminado, como un vago suspiro, un requiebro muy leve. Godofredo se giró al sentirla allí; espío... Y lo que vio —¡santo Dios!— le dejó petrificado, sin respiración, con la cara congestionada, y un dolor tan agudo en el corazón que casi se cae: sobre el canapé de damasco amarillo, delante de una mesilla donde había una botella de oporto, Lulú, con una *robe-de-chambre* blanca, se recostaba, abandonada, sobre el hombro de un hombre que le pasaba el brazo por la cintura, contemplándole el perfil con una mirada llena de languidez. ¡Era Machado!

II

AL ESTREMECERSE LA CORTINA, Ludovina le vio, y dando un grito, saltó instintivamente lejos del sofá. Godofredo oyó aquel grito, pero no podía moverse. Sin saber cómo, se encontraba tirado en una silla, junto a la puerta, y temblaba, temblaba como en un acceso de fiebre, traspasado de frío. A través del rumor febril que le henchía la cabeza y lo dejaba sin ideas, percibía todo el revuelo que se había formado en la sala: pisadas apresuradas sobre la alfombra, unas palabras intercambiadas en un soplo, con angustia... El cerrojo de la puerta que daba a la escalera se corrió; luego, silencio... Entonces, súbitamente, la idea de que ambos habían huido le restituyó bruscamente las fuerzas. La furia se apoderó de él, y de un brinco se plantó en la sala. Pero tropezó en una piel de zorro que adornaba el suelo y se estrelló ridículamente contra la alfombra.

Cuando se levantó, furioso, con los puños cerrados, la cortina de la puerta de la escalera se balanceaba mecida por la brisa: no había nadie en la sala. Corrió al rellano; la escalera se prolongaba bajo la luz viva de la claraboya,

con sus grandes aires de decencia burguesa. Enloquecido, se precipitó hacia la ventana; en la calle, a trancos largos, Machado se alejaba con el quitasol en la mano. ¿Dónde estaba ella entonces? Cuando se dio la vuelta, en medio de la sala, vio a Margarita, espantada, con su paquete de pasteles en la mano.

—¿Dónde está ella? —le gritó Godofredo.

Al principio la chica no comprendió; pero de repente dejó caer el paquete, se llevó el delantal a los ojos y rompió a llorar. Él la apartó, casi la tiró al suelo, y corrió a la cocina: con la puerta cerrada, cantando en alto hacia el patio y limpiando su pescado, la cocinera no había oído nada, ni sabía nada. Entonces Godofredo, dando la vuelta, se lanzó contra la puerta de Ludovina: ¡estaba cerrada!

—¡Abre o la tiro! —bramó.

No hubo respuesta. Él pegó el oído a la madera: de dentro provenía un vago sollozar, como un suspiro de terror y de angustia...

—¡Abre o la tiro! —gritó de nuevo, y lleno de ideas sanguinarias, asestó un puñetazo en la puerta, como si estuviese golpeando sobre el cuerpo de ella.

Entonces, desde dentro, una voz afligida respondió, suplicante:

—¡Pero no me hagas daño!

—Te juro que no te haré nada... ¡Abre! ¡Abre!

La cerradura chirrió. Él se precipitó dentro, mientras que Ludovina, con su gran bata blanca, se refugió tras la cama, apretando las manos, con los ojos desorbitados por el pavor y cubiertos de lágrimas.

Y frente a aquella mujer que lloraba, su furia cesó, y allí se quedó, con la voz ahogada, atravesándola con una mirada de loco, casi llorando también. Despacio, dio dos pasos hacia él, con los brazos abiertos, y temblándole la voz, temblando toda ella, gritó entre lágrimas:

—¡Oh, Godofredo, por tu bien, perdóname! ¡No he hecho nada malo, y era la primera vez!

Y él, con la voz ahogada y los dientes cerrados, apenas conseguía articular:

—La primera vez... La primera vez...

Su cólera aumentaba, y estalló en un rugido:

—¿Y qué que fuese la primera vez? ¡Y además, con quién, infame! Tendría que matarte. Vamos, vete ahora mismo, sal de aquí, déjame... ¡Vete, vete!

Ella salió llorando desesperadamente; y al volverse, Godofredo vio, junto a la puerta del corredor, a la cocinera que curioseaba, con los ojos atentos, y detrás, en la sombra, a Margarita, inquieta y encogida, curioseando también.

—¿Qué hace usted ahí? —rugió él—. ¡A la cocina! Y la que rechiste se va a la calle.

Dio un portazo y se puso a pasear furiosamente por la habitación, donde el gran lecho conyugal, con las dos almohadas unidas, ostentaba su blancura. Y con la cabeza hirviendo, las ideas se le iban aclarando. Decidió en seguida batirse con Machado en un duelo a muerte, y a ella, mandarla a casa del padre. Pensó también en enviarla a un convento, pero le pareció más deprimente para ella y más digno para él, simplemente devolvérsela al padre. Y nada más medir, calibrar, concretar estas dos resoluciones, su enorme cólera se apaciguó.

Ahora sentía una tristeza intensa, negra, que se entremezclaba con la necesidad imperiosa, fría, aguda, de vengarse... Y la casa parecía de nuevo adormecida por el sol, y solo permanecía en el ambiente una especie de calor sordo de la cólera que por allí había pasado.

Godofredo procuró componer el semblante; se arregló la corbata frente al espejo, y empujando la puerta, entró en el comedor. Allí estaba ella, sentada en una silla pegada a la pared, con el pañuelo en la mano, llorando bajito y sonándose entre lágrimas. Su bonito cabello negro todavía estaba metido en una red roja, y la bata, que se había desabrochado, dejaba ver un poco del encaje de la camisa, la blancura de su seno... Él apartó la vista: no la quería ver llorar. Y vuelto hacia la ventana, seco y duro, dijo:

—Recoja sus cosas para irse a casa de su padre.

Siempre con los ojos vueltos hacia el ventanal, sintió que por detrás de él el suave lloro había cesado. Pero ella no contestó. Godofredo esperó una súplica, un gesto de amistad, una palabra de arrepentimiento, pero solo la oyó sonarse. Entonces se tornó cruel:

—En mi casa —continuó, siempre vuelto hacia la ventana, con una voz mordiente que debía de quemarla—, no quiero prostitutas. Puede llevarse todo... Todo lo que sea suyo, lléveselo. ¡A la calle!

Se dio la vuelta y fue a encerrarse en su gabinete, una especie de aposento pequeño donde solo tenía un escritorio y una estantería. Se sentó, preparó el papel y puso arriba la fecha, con mano temblorosa, que hacía irregular su bonita cursiva comercial. Luego dudó si poner

Querido padre o solamente *Muy Sr. mío*; se decidió por esta última fórmula, porque al final, ahora, cualquier parentesco había acabado: ¡ya no tenía familia! Y delante del papel en blanco, se quedó pensando, dándole vueltas a esa idea: ya no tenía familia. Una tristeza inmensa lo invadió, sintió una gran compasión por sí mismo. ¿Por qué le sucedía esto a él, tan bueno, tan trabajador y que la amaba tanto? Una lágrima le vino a los ojos. Pero no se quería conmovir, quería escribir, fríamente, rápidamente, su carta. Al sacar el pañuelo para secarse los ojos, encontró una caja, ¡el estuche de la pulsera! La abrió: en su nido de seda, la serpiente de oro con ojos de rubíes, se enroscaba, mordiendo la cola. Allí estaba el hermoso símbolo de la eterna sucesión de los días felices, que vuelven, uno a uno, como algo que siempre está girando en un círculo de oro. Y sintió un furioso deseo de humillarla, de echarle en cara todas las atenciones que había tenido con ella, sus sacrificios, los trajes que le regaló, los caprichos con que la complació... y el palco en el teatro de San Carlos, y la dedicación de su amor. No se contuvo, volvió al comedor, con los labios llenos de reprobaciones.

Ella aún seguía allí, pero ahora de pie, e igual que él un poco antes, con la mirada clavada estúpidamente en la casa de enfrente, limpiándose los ojos. La luz bañaba su hermoso perfil y la suave línea de la falda continuaba la gracia de su cuerpo. Súbitamente, Godofredo sintió que las palabras se le secaban en la boca. No hallaba el pie para comenzar sus invectivas y, de cara a la otra ventana, se retorció furiosamente el bigote, con el corazón atormentado y los labios estériles. Por fin, una idea absurda

surgió de su fondo romántico: tiró la pulsera encima de la mesa y gritó:

—Mete esto también en la maleta; te la había comprado hoy; es un regalo...

Ella, instintivamente, echó una mirada a la pulsera. Después comenzó de nuevo a llorar.

Aquellas lágrimas mudas le importunaban, le enervaban:

—¿Para qué lloras? ¿De quién es la culpa? Mía, no, que aquí nunca te faltó nada.

Entonces explotó. Paseando por la habitación, en voz baja y rápida, le echó en cara toda su ternura, toda su dedicación. Ella se había dejado caer sobre una silla, sin dejar de llorar; parecía llorar eternamente. Le gritó:

—¡Déjate de llantos, habla! Di algo, explícate... ¿No tienes ninguna disculpa? ¿Fuiste tú la que le buscó, la que le provocó?

Ella levantó vivamente la cabeza. Un resplandor le brilló en los ojos a través de las lágrimas. Y ávidamente, como quien se agarra para no caer, acusó a Machado. Había sido él, solo él tenía la culpa. Todo había comenzado hacía cuatro meses, cuando él había dejado a la del teatro. Entonces empezó con ella, la hablaba, le escribía y la tentaba, y aparecía por allí cuando Godofredo estaba en el despacho, y un día, en fin, casi a la fuerza...

—Te juro que fue así... Yo no quería, se lo imploré... Luego tuve miedo de que Margarita oyese el alboroto...

¡Godofredo escuchaba lívido!

—Déjame ver sus cartas —dijo por fin con una voz que apenas se le oía.

—No las tengo...

Él se dirigió hacia el cuarto, diciendo:

—¡Las encontraré!

Ella se levantó con un grito, rodeándole con los brazos:

—Te juro que no las tengo. Que Dios me guarde... Se las entregué todas hace unos días.

Él la apartó y fue al tocador. Justamente, el manojó de llaves estaba sobre el mármol, entre los frascos. Y comenzó una búsqueda desesperada entre los pañuelos, los encajes, las cajas de abanicos, todas esas cosas íntimas de mujer...

Ella a veces le sujetaba del brazo, le juraba que no tenía cartas. Pero él, tranquilamente, la apartaba y continuaba devastando los cajones. Un abanico de marfil se rompió al caerse; un rosario de cuentas con su cruz yacía en el suelo.

Y ya creía que ella estaba diciéndole la verdad, cuando vio el mazo de cartas, atadas con una cinta de seda, expuestas estúpidamente a su vista desde el principio, entre dos cepillos. Se las arrebató. No eran cartas de él; eran de ella. La primera que abrió comenzaba así: «Ángel mío». Tranquilamente, las metió en el bolsillo y volviéndose hacia ella, que se había quedado postrada al lado de la cama, le dijo:

—Arréglese para salir hoy mismo.

Volvió a su gabinete, y allí, una por una, leyó todas las cartas. No podía haber nada más imbécil; era la perpetua repetición de frases hechas y engoladas: «Mi ángel adorado, ¿por qué no hizo Dios que nos encontráramos

antes?...», «Mi amor, ¿piensas en aquella que daría la vida por ti?...». E incluso esto: «Ay, cuánto daría por tener un hijo tuyo...». Y cada frase le caía en el corazón como un golpe sordo que lo derruía. Una sobre todo le enfureció; comenzaba así: «Riquiño¹ de mi alma, qué tarde la de ayer...».

Entonces, vivamente, casi rasgando el papel con la pluma, le escribió la carta al suegro, cuatro simples palabras: que había encontrado a su mujer con otro hombre y que él deseaba que la viniera a buscar y la recogiese; «si no, la pondría en la calle como una meretriz, indiferente al destino que corriera». Y en una posdata añadía que iba a salir de cinco a siete, y le pedía que aprovechase esa ausencia suya para ir a buscar a su hija. Se metió la carta en el bolsillo, se compuso la chaqueta, pasó instintivamente la manga por la seda del sombrero y salió.

En la escalera se encontró con un chico con delantal blanco y un cesto en el brazo.

—¿Vive aquí el señor Alves?

Eran la empanada, el fiambre, el queso de la sierra, todas las cosas ricas que él había comprado. Una oleada de tristeza le ahogó el corazón. Tuvo que agarrarse a la barandilla para no desfallecer.

—¿Es lo del restaurante Mata? —preguntó con esfuerzo.

—Sí, señor —respondió el chico, espantado ante aquel señor que parecía tan enfermo.

Godofredo murmuró:

¹ Diminutivo portugués de Henrique. (Nota del traductor).

—Sube, llama arriba...

Se quedó a la escucha. Oyó llamar al chico, abrirse la puerta, luego la voz de Margarita diciendo hacia dentro:

—Es un chico que trae una empanada, señora...

Entonces Godofredo bajó las escaleras de cuatro en cuatro; una vez abajo, dominado por la decencia grave de la entrada, intentó calmarse, se abotonó la chaqueta, se pasó las manos por la cara y salió con ese aire de sólida prosperidad que lo hacía tan respetado en el vecindario.